

elaborados, pues siguen siendo aburridos, faltos de calor, cargantes y propagandísticos (entre otros).

## Tendencias

Hemos hablado de lo que pasa en casa, pero si volvemos la vista a los orígenes, a países que, como EE.UU., fueron pioneros en la creación de estos espacios, vemos cómo muchas de las críticas que actualmente encontramos en España ya se hicieron con mucha anterioridad allí. En una conferencia en 1959, Ronald Lee (Director de la Sección de Educación e Investigación del *National Park Service*) estableció que “Con el énfasis que se ha puesto en la construcción en los últimos años, he observado relajación en los estándares de servicio personal y cierta disposición para sacrificar la calidad por la cantidad”. Esta fiebre por los centros de visitantes duró según Mackintosh (Historiador del *National Park Service*) hasta los años 80, construyéndose “verdaderas monstruosidades”. A partir de esa década se produce un giro en la concepción de los centros de visitantes, aunque en palabras del mismo autor “Desafortunadamente, un gran número de centros de visitantes, que requieren personal costoso, consumo de energía y gran mantenimiento, se crearon antes de que se aprendiera la lección” (¿nos suena algo?).

Tras realizar una evaluación de su efectividad, están reconsiderando el modelo seguido, adoptando nuevos planteamientos más modestos, dinámicos, y dónde se da gran importancia a la satisfacción de necesidades básicas, información e interpretación personalizada. Así mismo, se está apostando por el uso de las nuevas tecnologías, no tanto en las exposiciones, sino en las formas de comunicación previa y durante la estancia del visitante (web del parque y del centro de visitantes, folletos que se pueden descargar, estudio de las posibilidades de ofrecer información GPS, PAL...).

Sin embargo, parece que en España seguimos evolucionando y dirigiéndonos a gran velocidad al gran precipicio de las “monstruosidades ineficaces”. Es necesario parar el tren y pasarnos a reflexionar e iniciar un proceso de revisión y evaluación. Así invitamos a contestar y completar el siguiente listado de preguntas:

- ¿Realmente necesitamos un centro de visitantes?
- ¿Para qué lo necesitamos?
- ¿Cómo lo necesitamos?
- ¿Los que tenemos son eficaces?

## Ponga un Centro de Interpretación en su vida (o en bajada)

**Antón Lois Estévez**  
Investigador sobre arquitectura en plastilina  
[vigo@tierra.org](mailto:vigo@tierra.org)

A lo largo del pasado mes de octubre circularon en la Lista de correo interno de la AIP noticias que anunciaban la construcción de nuevos centros de interpretación (con perdón) a lo largo y ancho de este país de países.

No se trataba de una búsqueda sistemática ni con ánimo de ser especialmente exhaustiva. Era apenas lo que se reflejaba en un solo buscador de Internet, pero los resultados causaron sorpresa por la cantidad –que no necesariamente calidad– de los nuevos proyectos que, apenas en esos 30 días, aparecían referenciados.

Superada la inicial sorpresa por la magnitud cuantitativa, se generó un interesante debate alrededor de los aspectos cualitativos entre asociados y asociadas. Lo que sigue es un resumen sobre el fondo de aquellas apasionadas, como no podría ser de otra forma, reflexiones compartidas.

Las cifras, complementadas con una búsqueda en webs institucionales, fueron lo suficientemente contundentes como para pensarlas sosegadamente:

- Número de centros de interpretación anunciados y/o proyectados: **154**.
- Presupuestos totales destinados a los mismos (en apenas 1/3 de los casos se menciona el presupuesto previsto): **12.650.602'4 euros**.
- Comunidades con mayor número de centros por intérprete cuadrado: Castilla y León y Castilla - La Mancha (34 y 31 respectivamente).
- Comunidades y ciudades autónomas sin proyectos anunciados en octubre de 2005: Ceuta, Melilla y Baleares.

(Esta tendencia de crecimiento exponencial, aunque no lo incluimos en los totales, se mantenía a lo largo de los primeros días del mes de noviembre.)

Analizando la génesis de este paroxismo constructivo de nuevos centros, encontramos coincidencias ilustrativas. En

su mayoría no existe, que podamos detectar, ni rastro de una planificación, ni como base ni, desde luego, como previsión de futuro. Se trata de un simple efecto aluvión derivado de posibles obtenciones de partidas presupuestarias puntuales que permiten financiar, y solamente eso, la construcción del centro, pero que casi nunca incluyen su dotación y no contemplan en ningún caso su posterior gestión, ni personal estable destinado a los mismos, ni su mantenimiento. Las infraestructuras se crean “porque ofrecen o podemos conseguir dinero para hacerlas” o porque “ya que tenemos ese local sin uso al lado de... vamos a aprovechar/pedir una subvención para...”, y parece un pecado de *lesa electoralidad* renunciar a dotaciones educativo-recreativo-culturales.

Para el o la responsable local o de la comunidad autónoma resulta inimaginable pararse a pensar por un momento que, en algunas ocasiones, estos centros de interpretación no solamente son innecesarios, sino que pueden llegar a ser incluso contraproducentes para la conservación del elemento interpretativamente significativo (y dicha conservación, de existir conflicto irresoluble, debería prevalecer sobre la divulgación). Si nos dan fondos para hacer las infraestructuras... háganse.

Plantear a los promotores de estas iniciativas una reflexión serena sobre si son necesarias, convenientes, si están justificadas y planificadas, cómo, quién y con base en qué presupuestos se mantendrán esas dotaciones, son entelequias futuribles que en el mejor de los casos se dejan en manos de la providencia con la que, se supone, el tiempo resolverá, y si la presión comunitaria empuja a su apertura mantenida se parchean eventualmente con voluntarismo o estableciendo convenios de gestión con asociaciones locales que, superada la ilusión inicial, encuentran pronto que ese regalo acostumbra a estar envenenado, convirtiéndose, gracias a una mezcla nefasta de inercia y abandono institucional, en meros *sanitarios* públicos abiertos de lunes a viernes de 10:00 a 14:00, con mostrador y servicio anexo de expendedoría de folletos (... y de cómo suelen ser esos *trípticos*, mejor no hablar ahora).

Resumir las tipologías de estos centros es una tarea imposible, pues son demasiado heterogéneos y responden a las temáticas, ubicaciones y contextualizaciones, diseños arquitectónicos y finalidades complementarias más variopintas. Todas las posibles potencialidades

interpretativas encontraron reflejo en el tsunami de hormigón otoñal: Arte, historia, costumbrismo, etnografía, biodiversidad... Resulta complejo encontrar coincidencias, pero buscando con detenimiento detectamos un par de ilustrativos factores comunes muy relevantes, como la aparatosidad, tanto de la proyectada edificación como de sus contenidos, y la previsible descompensación coste-resultado.

El otro factor común (ahí nos duele) es que, rastreando en la mayoría de los casos, no encontramos implicación a lo largo de todo el proceso de nadie que pueda acreditar vinculación o formación conocida sobre técnicas interpretativas. La IP aplicada al caso sigue siendo contemplada como disciplina menor, pero sobre todo, fácil de "ejecutar". Si en el lugar existe un rasgo con relativo potencial que se decide "poner en valor" (más por impulso que por reflexión) y de pronto aparecen dineros para hacerlo... cualquiera puede plantarle un edificio en medio, o encima. Y generalmente, en efecto, lo hace cualquiera y, efectivamente, lo instala en medio o encima resucitando el espíritu de aquella frase del Mayo del 68 francés: "Bajo los adoquines está la playa".

El enfoque del potencial público destinatario para quien se diseñan estos mausoleos interpretativos acostumbra a ser también común: "familias". Y sus mensajes se piensan orientados especialmente a *niños* (apenas existen las niñas en estos proyectos). Para "fascinar" a esos niños (y niñas, supongo), protagonistas de la experiencia interpretativa, se diseñan "paneles interactivos", "composiciones multimedia", "recreaciones virtuales de...", olvidando que estos despliegues tecnológicos resultan a veces fascinantes para adultos, pero fracasan ante niños y niñas que ya han incorporado esa tecnología a su realidad cotidiana y han interiorizado un umbral de fascinación tecnológica infinitamente más elevado que sus padres y madres. Al alcalde o la alcaldesa les resulta casi mágico apretar un botón y que sucedan cosas, pero a niñas y niños el proceso de acción/reacción ante un botón les resulta cada vez más indiferente frente a las posibilidades de la realidad vivencial.

Cometiendo también un error básico, las infraestructuras pretenden ser polivalentes, de forma que todo sirva simultáneamente para funciones como centro de interpretación, centro de visitantes, como punto de información, como equipamiento de educación ambiental y como "centro cultural".

Un mínimo sentido de la propia dignidad profesional, aderezado con no pocas dosis de vergüenza ajena, nos obliga a sentirnos directamente aludidos, aludidas (¿agredidos y agredidas?) por este derroche y nos hace preguntarnos cuál es la justificación de estos centros que languidecen una vez inaugurados, cuál su planificación y cuáles sus objetivos, y cómo se evalúan todos estos factores. En la práctica totalidad de los casos hablamos de fondos públicos y la eficiencia en su adecuada administración nos implica como intérpretes y como ciudadanía. Denunciar el uso indebido, insensato —o ineficaz— de esos fondos es también nuestro deber como intérpretes y como ciudadanía.

Lamentablemente, la respuesta implícita o explícita aclara las dudas sobre el sentido final de estos centros: Su sentido es ser inaugurados, su objetivo final es la propia inauguración, su planificación comienza y termina en el simple acto institucional del corte de la cinta, y su evaluación se cuantifica en el espacio que todo lo anterior ocupe en los medios. Si el reflejo mediático del evento inaugural trasciende más allá del periódico del pueblo, el centro de interpretación ya ha sido un éxito. Es cierto, y en esto también menudean los casos conocidos, y sería el mal menor, que bastantes veces el resultado mediático perseguido se consigue con el mero anuncio de lo que se pretende realizar, sin que finalmente el publicitado centro llegue a existir físicamente para alivio, en demasiadas ocasiones, del patrimonio que se pretendía revelar para conservar.

No deberíamos ver en este panorama un futuro necesariamente negativo; bien al contrario, estas macrocifras demuestran que nuestra disciplina existe y tiene señas de identidad propias y diferenciadas, genera presupuestos más cuantiosos de lo que presuponemos y crea ofertas incluso aunque no se justifique ni resulte conveniente la demanda. Como en aquel chiste en que se construyen puentes aunque no exista el río (si ya existiera el río... ¿qué promesa nos haría el alcalde o alcaldesa para las siguientes elecciones?). Para racionalizar este derroche de recursos mal orientado, debemos hacernos presentes en este proceso que discurre paralelamente, y muchas veces a pesar de los y las intérpretes. Es un argumento más para hacernos oír y afianzar ante las instituciones la solvencia técnica de cientos de profesionales formados en interpretación del patrimonio (muchos reunidos en la AIP). Sin que esto signifique necesariamente una contradicción —lo cortés no quita lo valiente— con ese "comando piqueta" que tan acertadamente se ha sugerido en alguna ocasión.

Este país de países sorprende todavía por su riqueza patrimonial y por la inmensa parte de esa riqueza que todavía no ha sido explotada... en todos los sentidos de la

palabra, ni revelada, en el mejor sentido de la palabra. Si extrapolamos los datos referentes al pasado mes de octubre y los imaginamos constantes en tiempo y espacio resulta difícil pensar en un solo elemento patrimonial o lugar relevante que todavía carezca de su pertinente o impertinente infraestructura interpretativa. Seguimos padeciendo un grave defecto de perspectiva sobre la *relevancia al ego* que, en lugar de generalizarse como instrumento de conservación y herramienta para la divulgación activa, se particulariza dramáticamente para el patrimonio a conservar. El ego relevante a alimentar con las arcas comunes suele ser el del alcalde o la alcaldesa, concejal o concejala de cultura, mediante y con la paradójica complicidad de las pocas luces del iluminado o iluminada de turno.

¿No estaremos ya en el pintoresco momento de plantearnos, abiertamente, que sobran más centros de interpretación de los que faltan? ¿Y, sin embargo, faltan más intérpretes de los que sobran?

Con el tiempo podríamos proponernos la bonita tarea común de buscar la comarca —alguna quedará— que, cual aldea de Astérix resistiendo firmemente al invasor, carezca de algún centro de interpretación. Sería el sitio ideal para instalar el "Centro de Interpretación de los Centros de Interpretación"... o para crear la necesaria casa-refugio de intérpretes abandonados. Ya saben: "Pasan hambre y frío... Por sólo un euro al día, apadrine/amadrine a un/a intérprete del patrimonio".